



CAPÍTULO XXX.

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora.

ASAZ melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos.

Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso río, Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque magiier era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más eran disparates, y buscaba ocasión de que sin entrar en cuentas ni en despedimentos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía.

Sucedió, pues, que otro día, al poner del sol y al salir de una selva tendió Don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquisima, adornada de guarniciones verdes y con su sillón de plata.

Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarria venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella una gran señora que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho:

—Corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén y del azor, que yo, el Caballero de los Leones, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia se las irá á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

—Hallado os le habéis el encajador, respondió Sancho: á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida.

—Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder.

—Así es verdad, respondió Sancho, pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena pronto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco.

—Yo lo creo, Sancho, dijo D. Quijote: ve en buen hora, y Dios te guíe. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo:

—Hermosa señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á

quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal Caballero de los Leones, que no há mucho se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice, y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden; levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantaos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho enhorabuena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos.

Levantóse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el caballero de la Triste Figura: y que si no le había llamado el de los Leones debía de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa (cuyo título aún no se sabe):

—Decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del "Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso?"

—El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.

—De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido á mis Estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donaire y cortesía.

Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la duquesa, la cual, haciendo llamar al duque su marido, le contó en tanto que Don Quijote llegaba, toda la embajada suya, y los dos por haber leído la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les di-



Don Quijote comprendió que eran cazadores de altanería.

jese, tratándole como á caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quijote alzada la visera y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo, pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pie en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, antes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavía tenía el pie en la correa.

El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote mal trecho de la caída, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su caballo, fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole:

—A mí me pesa, señor caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió Don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía.

—Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el duque, que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras fermosuras.

Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo:



—No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oído decir que esto que llaman naturaleza es como un alciller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, también puede hacer dos ó tres y ciento: dígolo porque mi señora la duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse Don Quijote á la duquesa, y dijo:

—Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. A lo que respondió la duquesa:

—De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

—Y hablador, añadió Don Quijote.

—Tanto que mejor, dijo el duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste Figura. . .

—De los Leones ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura: el figura sea el de los Leones. Prosiguió el duque:

—Digo que venga el señor caballero de los Leones á un castillo mío, que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan.

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante, y subiendo en él Don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron á la duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversación con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.



CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose á su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasión por la melena en esto de regalarse cada y cuando que se ofrecía.

Cuenta, pues, la historia, que antes que á la casa de placer ó castillo llegasen se adelantó el duque, y dió orden á todos sus criados del modo que habían de tratar á Don Quijote, el cual como llegó con la duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á Don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron:

—Vaya la vuestra grandeza á apearse á mi señora la duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto, venció la porfía de la duquesa, y no quiso descender ó bajar del palafren, sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga.

En fin, salió el duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran mantón de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces:

—Bien venido sea la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos, ó los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba Don Quijote; y aquel fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la duquesa, y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba el jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la duquesa había salido, y con voz baja le dijo:

—Señora González, ó cómo es su gracia de vuesa merced.

—Doña Rodríguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandáis, hermano? A lo que respondió Sancho:

—Querría que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rucio mío: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo; tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas.

—Pues en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, "que damas curaban dél, y dueñas de su rocino;" y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín del señor Lanzarote.

—Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podréis llevar sino una higa.

—Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quinola de sus años por punto menos.

—Hijo de puta, dijo la dueña toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la duquesa, y volviendo el rostro y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos le preguntó con quién las había.

—Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo, por buen término me ha llamado vieja.

—Eso tuviera yo por afrenta, respondió la duquesa, más que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho, le dijo:

—Advertid, Sancho amigo, que Doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas tocas más las trae por autoridad y por usanza que por los años.

—Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto, sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona más caritativa que á la señora Doña Rodríguez. Don Quijote, que todo lo oía, le dijo:

—¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar?

—Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aquí se me acordó del rucio, y aquí hablé de él, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. A lo que dijo el duque:

—Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona.

Con estos razonamientos gustosos á todos si no á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habían de hacer, y de cómo habían de tratar á Don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante.

Quedó Don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregiescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servían con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores le habían dado), reventaran riendo.

Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecía tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diese la camisa á Sancho, y encerrándose con él en una cuadra donde es-